

# En dos lugares de la Mancha...

A Juan Alcaide Sánchez: toda la Mancha en él, en su poesía.

## I.—UNA ABIERTA FLOR DE EVIDENCIA

(Campo de Criptana)

**S**E tiende mayo bajo la tarde. Mayo va ganando su batalla y se retiran a posiciones de lejanía unas nubes obstinadas. Estamos en Criptana. En el Campo de Criptana que nos ha cegado—desde el ferrocarril—asombrosamente blanco, y amparado por sus tres gigantes que, hoy, velan un sosiego de brazos impassibles y recogidas velas. Criptana sube por una colma pétrea, viste la ladera y se derrama sobre la Mancha pura. Paseamos sus calles de encantadora pulcritud. Nos asalta el grato suceso de unas nenas que ríen. De ventana a ventana las serpentinas de sus palabras alegres. Pasamos, pues, bajo un arco joven de risas. Amenguamos nuestro andar para sentir sobre los hombros esta lluvia de pétalos de voces de mujer que el viento nos regala. Será fácil intuir el motivo de estas cristalinas risas sofocadas. Sin duda, en la pasada noche, ha llamado a sus puertas la lírica aldabada de los «mayos»...

(Aquí, en esta casa,  
hay otra azucena.  
Belisa le llaman  
a la niña bella.)

...con sus arcaicas melodías y sus letras exaltadas, y cuéntanse, ahora, las mocitas el rápido, inocente, compás de sus corazones. Después, al alejarnos, quedásenos la calle nostálgicamente silenciada.

Por calles fatigosas subimos hacia las barriadas de la Paz, de la Fuente, del Norte, del Rodadero. Desde todas ellas divisamos los molinos—tan cerca—, en lo alto de «la Sierra». Las casas nos dicen su lección de pureza, desde los hondos, limpiísimos zaguanes. Esta calle es la de Don Quijote. Se da la mano, al final, con la de Dulcinea. Nos llaman las dos risas del cielo: el blancor de cal de las fachadas, y el añil de los dinteles, de los zócalos, de los rodapiés. Parecen estas calles vestidas de verano. Coronamos la altura. Estamos junto a los molinos legendarios. Nos llega una extraña sensación de pequeñez, mientras se paran el tiempo y el pensamiento. La llanura, yéndose, exalta los lugares de la descomunal historia, de la amorosa historia. A lo lejos, El Toboso, blanquea. Como se ha detenido la hora se pone expectante el aire. Nosotros y los molinos aguardamos el tembloroso asombro de un Longinos redivivo para sus torsos de cal. Todo es paz para enmarcar brillante la aventura que tiembla en la inminencia, que ocurre al fin en nuestra sensibilidad alucinada, en el profético don de nuestra angustiada sed. Se levanta un airecillo y nos lleva por la realidad de toda la hora de los verdes que llueve el sol—el verde activo de los centenos, el limón de las cebadas, el casi plomo de unas lejanas sembraduras—, por los toques de blanco de las quinterías, por los ocre a pluma de los caminejos.

Este, tan sencillo, el misterio de Criptana: pechera prócer como el alma de mi tierra que se nos desnuda en el aire religioso que nos nacen las piedras del corazón.